

MAYOR QUE UNA SECTA, MENOR QUE UNA MASA

Asier Mendizabal

Trescientos cincuenta muertos en una avalancha humana en el Hajj, la peregrinación a La Meca.

Contesta, a la pregunta de si se tomaron todas las medidas oportunas ante la concentración anual de tres millones de personas, un experto en dinámica de masas. Lo único que a M le queda anotado tras escuchar esa noticia en la radio es ese personaje: experto en dinámica de masas. Implica una predictibilidad en los movimientos de la multitud realmente aterradora.

«Se había construido un muro de contención», sigue el experto «con el fin de dividir y dirigir la fuerza de la corriente en dos corredores de flujo más controlable»; –con voz nasal, pausada, «el que muchos de los peregrinos llevaran su equipaje a cuestras, un factor imprevisto, ha podido generar el primer bloqueo, de hecho no puede haber sido una estampida en el sentido de que la aceleración de los elementos haya precipitado el desbordamiento del flujo, sino que, más bien, ha sido un colapso, de fuerza constante.» La voz nasal es, quizá, por culpa de la conexión telefónica. No se corresponde con la atenta dicción con la que se explica, casi con el entusiasmo de quien busca las palabras para describir, en tiempo real, un fenómeno astronómico.

En ningún momento interviene en la interpretación del fenómeno el hecho de que los tres millones de personas arrojaban piedras contra unas columnas que simbolizan a Satán en cumplimiento de un mandato religioso. Dinámica de flujos.

M apaga la radio y vuelve a sentarse frente al ordenador. Parpadea en pantalla un documento en blanco, casi en blanco, con un título provisional: «mayor que una secta, menor que una masa». Lleva dos días ahí. Estaba ahí un día y medio antes de que trescientos peregrinos muriesen aplastados por la fuerza de su propia convicción, empujando con fuerza constante. Es una cita que ha robado de un texto de Bob Christgau sobre el punk. «Avant-Punk», de 1977. Ha separado el fragmento de la frase completa, que da cuenta, con elocuencia ajustada, de la forma del colectivo en la subcultura juvenil. Es algo de lo que él lleva tiempo hablando, y le avergüenza no haber encontrado él mismo esa frase antes. Por eso la ha separado de su contexto, confiando en su calidad enigmática como título.

Ahora imagina la frase leída por el experto en flujos de masas y le da pavor.

M no recuerda haber sentido la angustia, esa claustrofobia que se les supone a las situaciones de masa. Y recuerda muy bien haber estado en medio de casos de estampida que serían el sueño húmedo del experto de la radio. La forma en que una masa se dispersa (y no hay situación alguna a la que la palabra dispersar pertenezca más) cuando comienza una carga policial. La anticipación crea un tenso tejido uniendo el poco espacio que separa a los individuos, y los prepara para, al primer disparo, seguir un impulso autónomo pero armónico que dibuja complejísimo flujos dentro del caudal que desaparece en segundos, sin atropellos. ¿Harán los expertos en flujos de masas experimentos a escala real? Le gusta la idea. Recuerda haber leído una crónica muy exhaustiva en la que se describía un entrenamiento de la brigada antidisturbios de un cuerpo policial. La camaradería inevitable en la escenificación del juego. Treinta contra veinte. Todos con capuchas. La atención que el cronista ponía en el detalle de que las botellas incendiarias estaban envueltas en bolsas de plástico, para aumentar su potencia, parecía contener un aviso a navegantes. Una observación que alguien podría encontrar útil. En cualquier caso, un detalle que recreaba el realismo de ejercicio. En La Meca también estaban tirando piedras.

Hay un Norris Johnson que debió de ser algo parecido a este experto en dinámicas de las multitudes. Es el autor de una de las más influyentes investigaciones prácticas de fenómenos de estampida humana, y aún se cita su estudio del caso Riverfront Coliseum como refutación de la hasta entonces canónica idea de Gustave Le Bon que, sin revisar desde el siglo XIX, apuntalaba el mito de la influenciabilidad de las masas «sujetas a una fuerza hipnótica».

(Le Bon, en su tratado de 1895, *Psicología de las masas*, se esforzó en alertar de los peligros del que sería el gran fenómeno del siglo XX, y de paso recelar de la democracia como sistema influenciable por la arbitrariedad de la multitud. Monárquico como era, probablemente la desazón por los hechos que terminaron en la Comuna de París en 1871 le impulsó a hacer el diagnóstico de esa nueva multitud como el reverso temible del concepto de pueblo. Si en la tradición hobbesiana el pueblo es la multitud que se ha dotado de la ley, que admite obedecer para que todos obedezcan, la masa que se anticipaba en la Comuna solo podía ser criminal. Eso sí, inevitablemente criminal: «Algunos actos de las masas –decía–, son seguramente criminales si se les considera en sí mismos, pero como lo es el acto de un tigre que devora a un hindú tras haberle hecho despedazar primero por sus cachorros para distraerlos.»)

Johnson eligió investigar, como caso de estudio que refutara estos tópicos, la estampida que en diciembre de 1979, en el Riverfront Coliseum de Ohio, mató a once fans de The Who, que entraban corriendo en el recinto del concierto. Fans, rock and roll y «fuerzas hipnóticas» es una combinación que parece casar bastante bien con

esa concepción de la masa idiotizada; sin embargo el estudio determina que los comportamientos no son adscribibles a toda la masa, como unidad, sino a pequeños grupos independientes dentro de ella, que además, en este caso, provocaron el colapso intentando ayudarse unos a otros.

También allí, en ese momento, había un experto en dinámicas de masa. Decretó que la mejor forma de evitar males mayores por una eventual suspensión del acto, era ocultar las muertes a los componentes de The Who, que no supieron de lo ocurrido hasta terminar el concierto. A M le hace gracia el dato. También Sonny Barger, el jefe de los Hells Angels división San Francisco debió de pensar en lo mismo en Altamont. Él era lo más parecido al responsable de la seguridad del concierto que se había encargado a los Angels para el evento gratuito en el que los Rolling Stones querían reunir una multitud de dimensiones suficientes para reclamar un lugar como evento generacional en la lógica de Woodstock o Monterrey. Cuando Keith Richards, más o menos consciente de que el caos agresivo en que había devenido la multitud allí reunida había costado ya la vida de una persona a manos de unos Angels incontrolables, amenazó con dejar de tocar si estos no se calmaban, Barger, según repite él mismo entre risas a todo el que le quiera escuchar, le puso una pistola entre las costillas. «Y no veas lo bien que tocó el cabrón.» El término genérico utilizado en inglés tanto para la seguridad en eventos como para la represión de disturbios es *crowd control*.

Mayor que una secta, menor que una masa –se ha puesto por fin a escribir M– sería quizá el momento de la formación de multitud que Elias Canetti llamaba «muta», la banda, la partida de caza, el piquete. Una pequeña multitud que se rige por un inevitable impulso interno de crecer en número, pero que en cuanto logra su expansión desaparece como tal, se convierte en masa, cristaliza. La masa es susceptible de representaciones unitarias, válidas a la vez para la totalidad de la multitud y para cada uno de sus integrantes. Pero es esta misma representabilidad la que hace que se diluya todo el potencial informe en que en un momento mágico, siempre demasiado tarde y siempre demasiado pronto, toda la fuerza de la unión informe se despliega. La *potentia* de la producción inevitablemente generando su contrario, la *potestas* de la reproducción. Ese es el momento revolucionario irrepresentable, el que solo adquiere una imagen en retrospectiva, cuando en un segundo momento se formaliza; cuando ya ha sucumbido a su propia lógica de aparecer como forma y así desaparecer como potencia. Cuando Christgau escribe su artículo para el *Village Voice* en octubre de 1977 no puede ser consciente de que su lectura del fenómeno desde dentro, unida a la de tantos otros que escribían en términos parecidos al mismo tiempo, está creando la representación que desde el propio artículo señala como faltante.

La intención de Christgau en su artículo de 1977, titulado «Avant-Punk: A Cult Explodes... and a Movement Is Born», era alejar la entonces plausible posibilidad

de que el fenómeno que aglutinaba un conjunto de expresiones heterogéneas bajo la denominación genérica de punk afianzase, de entre todas sus representaciones, aquellas más propensas a la fascinación por el fascismo. «Los punks ingleses –escribe–, con su desafiante nihilismo-lumpen, bien podrían resultar las crecientes masas exteriores a todo estrato de clase descritas por Hannah Arendt como presa natural de movimientos fascistas.» Este recurso a la secta y la masa como dos polos, opuestos pero complementarios, de consecuencia extrema de los mecanismos de fascinación parece más pertinente en el marco de la cultura popular norteamericana desde la que se explica Christgau. La noción de totalitarismo, antagonía primordial de la libertad liberal en el imaginario estadounidense, tiene su representación definitiva en las concentraciones de masas. Las exhibiciones de masas fascistas o comunistas forman, en esta ilusión, el reverso oscuro de la Nación. La secta, por su parte, como pequeña comunidad cerrada en la fascinación de la convivencia reglada al extremo, sería el reverso siniestro de la familia. Familia llamó Manson a su Iglesia, la que puebla de manera más mítica esa fantasía. Nación y familia. Como síntesis de estos dos extremos, en una imagen de pesadilla total, las masivas concentraciones de Moonies de la Iglesia de la Unificación, en multitudinarias bodas simultáneas entre fieles de todo el mundo, formando una suprafamilia/supranación, a la vez masa y secta.